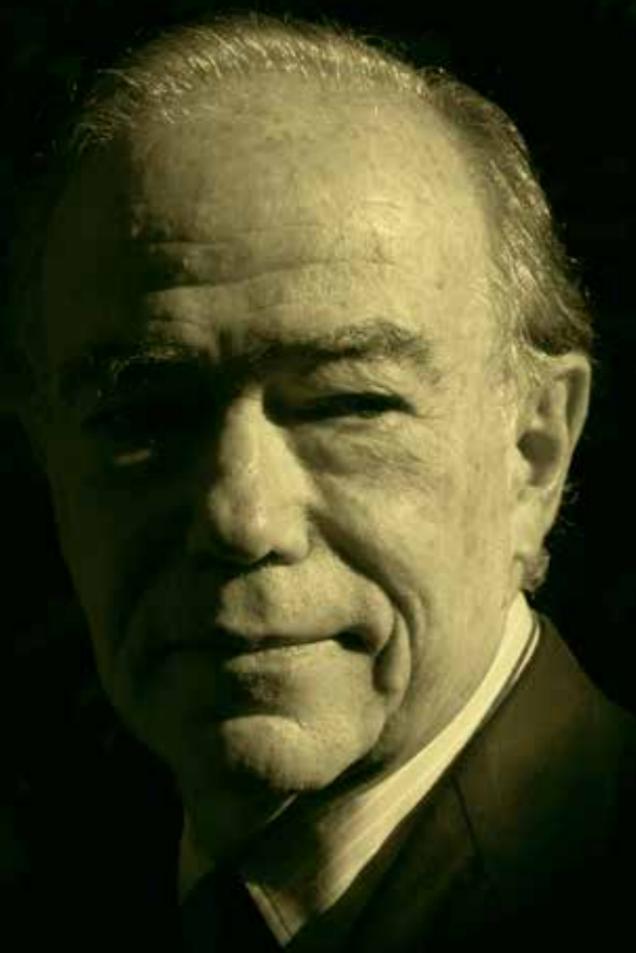


Gregorio Marañón  
Bertrán de Lis  
Reflejos de mi tiempo



---

Gregorio Marañón Bertrán de Lis

# Reflejos de mi tiempo

Galaxia Gutenberg

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2025

© Gregorio Marañón, 2025  
© de la semblanza: Iñaki Gabilondo, 2025  
© del prólogo: Pedro J. Ramírez, 2025  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 13594-2025  
ISBN: 979-13-87605-18-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

## Índice

Semblanza de Gregorio Marañón <i>por Iñaki Gabilondo</i> .....	11
Prólogo a un libro de concordia <i>por Pedro J. Ramírez</i> .....	19

### Reflejos de mi tiempo

#### POLÍTICA

Arraigar la democracia .....	33
La ruptura de un secular aislacionismo .....	39
Una cuestión de ética política .....	43
La antorcha .....	49
Reflexiones poselectorales .....	53
La barbarie nacionalista .....	57
En la marea baja .....	63
Cartas de la memoria: julio de 1936 .....	69
La placa de la discordia .....	75
La insobornable verdad .....	81
20-N: entre el vértigo y la desesperanza .....	87
De la angustia cívica al pacto político .....	93

El vértigo de la incertidumbre . . . . .	99
La desmemoria que no cesa . . . . .	105
La ejemplaridad de Azaña y Machado . . . . .	109
Fin de trayecto . . . . .	113
La situación política . . . . .	123
El abismo democrático . . . . .	129

### SOBRE TOLEDO

Salvar Toledo (carta abierta al ministro de Cultura) . . . .	135
Toledo, vocación de capital . . . . .	141
Inmerecido Alonso de Covarrubias . . . . .	145
El misterio de Toledo . . . . .	149
Los Tolmo . . . . .	153
Toledo ¿sin conventos? . . . . .	157
Salvar el Toledo visigodo . . . . .	161
El presidente Nicolás . . . . .	165
El cigarral de Marañón . . . . .	171
Los secretos del Greco . . . . .	177
La Vega Baja de Toledo . . . . .	181

### RETRATOS

Don Juan Lladó, humanista . . . . .	195
El joven anciano filósofo: Xavier Zubiri . . . . .	203
En el espejo del tiempo. Semblanza biográfica de Gregorio Marañón y Posadillo . . . . .	207
En recuerdo de Manuel Ramos Armero . . . . .	215
El hueco de Marilu Bayo de Muñoz Rojas . . . . .	217
En memoria de Fernando Chueca Goitia . . . . .	219
La sonrisa de Carmen Marañón de Araoz . . . . .	223
A mis abuelos nunca les oí hablar de la guerra civil . . . .	225

Sobre mi madre, Patricia Bertrán de Lis . . . . .	231
El niño anticipadamente maduro: Pedro Gamero. . . . .	233
En la huella de Jesús de Polanco . . . . .	235
Bajo las alas de acero: Mabel Marañón . . . . .	239
Marañón: un liberal en la dictadura. . . . .	243
El ejemplo de Pilar Medina . . . . .	249
En la muerte de Juan Pedro Domecq . . . . .	251
La misión de Gerard Mortier. . . . .	255
La dulce nostalgia de los olmos: Manuel B. Cossío . . . .	261
El último retiro de un zahorí: Joaquín Bertrán Carralt . .	265
De un arraigado sentido del deber:	
Isabel Martínez Campos y Rodríguez . . . . .	269
Un bibliófilo ejemplar: Rafael Berrocal . . . . .	271
Hermano escogido: Félix Moreno de la Cova . . . . .	273
Hombre bueno y ciudadano ejemplar:	
Jaime Carvajal Hoyos . . . . .	275
El ejemplo de Arturo Avello. . . . .	279
Las lágrimas de Mario Vargas Llosa . . . . .	283

## VIAJES

El Rocío . . . . .	291
Agmat. . . . .	295
El rey en Las Hurdes . . . . .	299
Kioto: los secretos del jardín cerrado . . . . .	303
Viaje al corazón de la ópera . . . . .	309

---

# POLÍTICA

---

## Arraigar la democracia

*El País*, 27 de octubre de 1982

Por eso les vendamos los ojos a los hombres,  
para que no puedan nutrirse tanto de la luz.

HÖLDERLIN

Cuando abordamos la recta final de la campaña electoral y estamos por tanto en vísperas de la constitución de un nuevo Gobierno, una de las principales cuestiones que tenemos planteadas los españoles sigue siendo la consolidación de la democracia. La vigencia de este objetivo debe inducirnos a una serena reflexión.

Hemos de asumir que, al margen de consideraciones de carácter ético, pragmáticamente no existe para un país desarrollado un sistema de gobierno mejor que el democrático. En efecto, la enorme complejidad y el dinamismo social de un país industrializado precisan de un sistema político flexible que pueda evolucionar adaptándose a las circunstancias de cada momento, que genere, cuando se necesiten, soluciones de recambio por vía de un debate permanente y abierto, y que también ofrezca la posibilidad de sustituir los equipos de gobierno desgastados a través de un proceso de normalidad política y de estabilidad social.

Consolidar la democracia tiene dos acepciones complementarias. La primera, la más urgente, el hacer irreversible el régimen de libertades que ahora tenemos los españoles. También, en la medida en que la democracia no es algo que se agota en sí mismo y es más un proceso que una situación, consolidarla significa profundizar en la democratización de toda la estructura social. La experiencia histórica nos demuestra que sólo la primera requiere ya un esfuerzo importante mantenido durante un largo periodo de tiempo. Arraigar la democracia es, en este sentido, una consigna suficiente para toda una generación.

A mi juicio, una democracia está arraigada cuando la mayoría de la población la concibe, como decía Burdeau, como algo más que un sistema de gobierno, como una filosofía o una forma de entender la vida. Por ello es por lo que resulta prioritario para consolidar la democracia intensificar todos los esfuerzos necesarios para que la sociedad española pueda asimilar los valores que componen una cultura democrática. En España, como es natural después de las décadas del régimen anterior, socialmente no están plenamente asumidos los valores democráticos, aunque la población española tenga unos sentimientos de libertad y una voluntad de convivencia y de superación del recuerdo de la guerra civil que son los que hacen comprensible el camino andado desde el año 1975 y que alientan nuestra esperanza en el futuro.

El mayor riesgo de involución radica precisamente en esa carencia de una cultura democrática mayoritariamente compartida. En efecto, si, por ejemplo, empeorasen los problemas del paro y del terrorismo –y a corto plazo ambos pueden agravarse–, en determinados sectores podría generarse una crisis de confianza en el sistema y consiguientemente una situación de tensión que quizá fuera

inconvenientemente utilizada para favorecer el espejismo de una alternativa no constitucional. Una dictadura demostraría al poco tiempo su disfuncionalidad e intentaría compensar su ilegitimidad de origen con una política de falso progresismo que pondría en gravísimo riesgo el sector privado de la economía y nos precipitaría en el subdesarrollo por generaciones.

Con todo, la situación política desde la perspectiva que estamos adoptando ofrece elementos positivos y reconfortantes que hemos de destacar con el fin de combatir cualquier clase de injustificado pesimismo.

José Juan Toharia publicó en 1973, en la *Revista de Estudios Sociales*, un penetrante y lúcido análisis sobre las razones del fracaso político de la democracia en España desde 1810 a 1936. Con Carr coincidiría en que la explicación había que buscarla fundamentalmente en lo que habían sido las actitudes y los comportamientos de los tres grandes protagonistas de este período: la Corona, el Ejército y los partidos políticos. Pues bien, si repasamos cómo se comportan hoy en la sociedad española estas instituciones, tendremos que concluir que lo hacen de una manera radicalmente opuesta a como lo hicieron en el pasado, contribuyendo así a hacer viable el éxito tardío del establecimiento de la democracia en España.

El rey ha sido el protagonista individual más decisivo en nuestro proceso de cambio político, y desde el primer día ha asumido fielmente y de una manera inequívoca la más alta representación de una España democrática. Gracias a su sensibilidad ha podido conectar con las aspiraciones de la inmensa mayoría de los españoles hasta el punto de que, sin duda, la Corona es hoy la institución política española más respetada y con la que mejor se identifican nuestros conciudadanos.

Respecto al Ejército cabe señalar que, con las excepciones personales de todos conocidas, lo cierto es que como tal institución, como es natural, ha cumplido lealmente la importante misión que la Constitución le asigna.

Los partidos políticos y sus líderes, por su parte, también están manteniendo unos comportamientos muy distintos a los que hicieron imposible la implantación de la democracia en España en otras épocas, y en las que tanto la izquierda como la derecha contrajeron, según las ocasiones, graves responsabilidades. Así, con una excepción circunstancial de un partido nacionalista, ningún partido político importante practica el *retraimiento*, lo que hubiera supuesto preferir la destrucción del sistema a la propia derrota dentro del mismo, retirando sus diputados de las Cortes o recomendando la abstención a sus electores. Tampoco mantienen una *vocación de totalidad* que les llevaría a intentar monopolizar la vida política rechazando cualquier posible compromiso, lo que ha permitido desmontar la dialéctica de que desde el poder se impusieran todas las leyes y desde la oposición se deslegitimara el sistema que permitía su aprobación. Están siguiendo las pautas de una democracia estable, en la que en los momentos de crisis se mantienen continuos puentes de contacto y de diálogo con los otros grupos políticos, pues por encima de sus propios intereses prima la voluntad de mantenimiento del sistema. Es decir, tanto desde la oposición como desde el Gobierno, durante estos años ha primado lo que Weber denomina la «ética de la responsabilidad». Y posiblemente la clave de la consolidación de la democracia en España estriba precisamente en que esto siga siendo así en el futuro.

Un reflejo, en parte, de lo anterior es la moderación de las alternativas políticas más importantes (Alianza

Popular-Partido Demócrata Popular, Partido Socialista Obrero Español) que se ofrecen al electorado en esta campaña, aunque sea a costa de lo que algunos llaman ambigüedad programática. En definitiva, se responde así a la realidad de una sociedad a su vez mayoritariamente moderada. Aunque los modelos sociales de referencia sean distintos, ningún programa plantea su imposición por vía de medidas inmediatas e irreversibles. El elector, en efecto, y de ahí el número de indecisos, no tiene la impresión de que al depositar su voto, en función de las ofertas electorales que conocemos, está en juego la sociedad en la que vive. Algunos piensan que esta moderación no responde a la realidad y que encubre por parte de unos y de otros intenciones bien distintas. Personalmente quiero creer que esto no es así, pues de lo contrario la historia sería implacable con los impostores.

Y un último dato positivo, que a su vez viene impuesto por la realidad, es el hecho de que tanto desde la derecha como desde la izquierda se dice que, gane quien gane, para sacar el país adelante se precisa del esfuerzo y de la colaboración de todos. Ello supone que el Gobierno que se constituya a raíz de las elecciones deberá ser el Gobierno de todos los españoles y que la oposición, en los asuntos de Estado, será colaboradora y, en los demás, cumplirá con lealtad su misión de control y de oferta de soluciones alternativas. Gobierné quien gobierne, desde los distintos sectores sociales se deberá también responder solidariamente al esfuerzo importante que este país necesita en la hora actual con el fin de recuperar la ilusión perdida y de proseguir la difícil andadura en una época de crisis.

Vivimos en un país en el que queda mucho por hacer, al margen de las limitaciones específicas que la crisis económica impone, para modernizarse, y esto que en un aná-

lisis de situación es negativo, en otro de proyecto resulta alentador.

Espriu ha escrito uno de los versos más dramáticos que conozco: «Cómo me gustaría alejarme hacia el norte / donde dicen que la gente es limpia / y noble, culta, rica, libre, despierta y feliz... / mas aquí me quedaré hasta la muerte / pues también yo soy cobarde... / y amo además con un desesperado dolor / esta mi pobre, sucia, triste, desgraciada patria».

Pues bien, yo deseo que podamos legar a nuestros hijos un país tan limpio y feliz como el que el poeta buscaba utópicamente, en el que quieran permanecer, además de por una entrañable vinculación afectiva, por las posibilidades de progreso social y personal que una España en libertad les ofrezca.

---

## La ruptura de un secular aislacionismo

*El País*, 18 de enero de 1986

Que Sepharad viva eternamente en la paz,  
en la difícil y merecida libertad.

SALVADOR ESPRIU

España se prepara para celebrar el V Centenario del Descubrimiento de América. Aquel hecho tuvo una inequívoca significación: el mundo occidental pudo ensanchar sus horizontes y desarrollar así en plenitud su proyecto histórico. Un proyecto que hundía sus raíces, físicas y culturales, en la cuenca del Mediterráneo; en Grecia, en Roma y en la tradición judeo-cristiana.

España hoy, al haber recuperado su libertad, ha roto su secular aislacionismo y se ha reencontrado con esa comunidad occidental a la que históricamente pertenece y que tan decisivamente contribuyó a formar. La entrada en el Mercado Común y la pertenencia a la Alianza Atlántica son consecuencia de esta nueva realidad. España se ha encontrado con Israel en este mundo occidental al que nos hemos reincorporado. Israel es Occidente, tanto por esas raíces históricas a las que he aludido como por un presente incuestionable. Su cultura, su sis-

tema político y económico, sus alianzas son las propias de una nación occidental, con un valor añadido: Israel ejerce esta vocación de común destino histórico en un contexto geopolítico cuanto menos extraño.

El Gobierno de Felipe González ha culminado un proceso de normalización en las relaciones entre nuestros dos países que se había iniciado algo antes. Tenemos conexiones aéreas directas, con sus correspondientes acuerdos oficiales. Personalidades relevantes de la actual Administración han visitado Israel. Los intercambios económicos entre Israel y España registran tasas de incremento superiores al 40% anual. La opinión pública tiene la impresión de que en algunas materias, como por ejemplo en seguridad, ambos Estados llevan ya tiempo colaborando. Impulsadas por las asociaciones de amistad, las relaciones culturales crecen con pujanza. El turismo, que tanto ayuda a la mejora del conocimiento de los pueblos, empieza a ser importante. Y finalmente, llega ahora el momento histórico del reconocimiento diplomático entre ambos Estados.

España tiene tantos vínculos de hermandad con la cultura de los pueblos árabes como con la judía. Nadie, por tanto, deseaba en nuestro país que las relaciones con unos se hicieran a costa de las de los otros. El dilema no deberíamos ni habérselo creado artificialmente nosotros ni haber aceptado que otros nos lo quisieran imponer. La herencia histórica que nos une a árabes y judíos ha de aceptarse en toda su integridad, reparándose, como ahora se hace, una injustificada exclusión cuya razón de ser no ha sido otra que la negativa del Estado de Israel a reconocer en su día la dictadura del general Franco, último superviviente político de los aliados del Eje. Solamente a partir de esta nueva situación España puede legítimamente servir a la causa de la paz en aquella zona cooperando,

en palabras del mismo Espriu, «a que sean seguros los puentes del diálogo y a que las diversas razones de unos y otros se comprendan y amen».

El gesto del reconocimiento de Israel, próximos a conmemorar, que no celebrar, ese otro quinto centenario de la expulsión de los judíos de España, debería tener además una cierta grandeza histórica, un valor simbólico adicional. Y para ello todo menos proyectar la imagen de que lo efectuamos al amparo de otras presiones externas que contrarrestan las de carácter contrario o que lo hacemos con una mala conciencia que requiere de innecesarias explicaciones y contrapartidas. El reconocimiento de Israel no solamente es un hecho de *Realpolitik*, sino que tiene también una carga emocional y una dimensión ética: es el signo de la reconciliación definitiva entre todos los españoles y con nuestra propia historia.

---

## Una cuestión de ética política

*El País*, 28 de febrero de 1986

«Una ciudad está en concordia cuando sus ciudadanos piensan lo mismo sobre lo que les conviene». Aristóteles citaba a continuación, entre las cuestiones que por su importancia podían alterar la amistad cívica, el caso de una posible alianza militar. Hoy, la permanencia de España en la Alianza Atlántica amenaza también con dividir los ánimos de nuestros conciudadanos, y lo más incomprensible es que esta manzana de la discordia ha sido arrojada entre nosotros innecesariamente. A estas alturas, una parte importante de la opinión pública sigue desorientada en relación con la Alianza Atlántica, al no haberse producido a tiempo un debate serio y esclarecedor. Esta situación se agrava por el secular aislacionismo de España, causa de que en materia de política exterior las creencias y actitudes de los españoles difieran de las de los restantes países occidentales, y en particular de las de los europeos. Por ello la cuestión de la Alianza Atlántica no se está planteando en términos de racionalidad, sino en el campo de los sentimientos. Así sucede cuando se equiparan las posiciones favorables a la salida con la causa de la paz o con la conveniencia de castigar electoralmente al Gobierno y las propicias a la

permanencia con el apoyo al presidente González. No es de este modo como se responde a qué es lo que en verdad conviene a España.

#### DEBATE DE ALDEA

Cuando la modernidad se entiende en Europa como la posibilidad de participar en la conquista del espacio, indudable umbral tecnológico del próximo siglo, en dos naciones del continente se plantea lo que pudiéramos describir como un debate de aldea. En Dinamarca se contraponen la soberanía nacional frente al proceso de la integración política europea, y en España se discute la posibilidad de participar política y económicamente en Europa sin solidarizarse con su defensa. La diferencia es que en Dinamarca la apelación a la opinión pública va a zanjarse de una manera históricamente progresista, mientras que en España, por las razones antes aludidas, las cosas pudieran suceder de manera distinta.

Si la vida es actividad, proyecto y memoria, conviene hacer una breve referencia histórica sobre el origen de la Alianza. Después de la Segunda Guerra Mundial, en la que toda la Europa democrática tuvo que defenderse de la agresión totalitaria del nazismo y del fascismo, aparece una segunda amenaza para la libertad. Con razón el dirigente socialista belga Paul-Henri Spaak pudo decir que el auténtico padre de la Alianza Atlántica había sido Stalin. Entre los años 1945 y 1949, la Unión Soviética fue apoderándose de todos los países que hoy componen la Europa del Este; fomentó la guerra civil en Grecia; firmó un pacto militar con Finlandia e intentó, para ensanchar su ámbito de influencia, hacer lo mismo con Noruega. Es entonces cuando a iniciativa del político

laborista inglés Ernest Bevin se plantea la necesidad de una alianza militar entre los países democráticos europeos que pudiera asegurarles una frontera de libertad e impedir el conflicto con el Este por la vía de la disuasión. Los norteamericanos prácticamente habían abandonado Europa, donde habían pasado de tener 3.500.000 soldados a 200.000. A su vez, el número de soldados soviéticos en Europa superaba al de las potencias europeas en una relación superior a la de tres a uno. Con una Europa maltrecha como resultado de la guerra, resulta comprensible que los dirigentes políticos y los ciudadanos europeos tuvieran como principal objetivo el comprometer a Estados Unidos en la defensa de Europa, venciendo las resistencias que los norteamericanos tenían al respecto. Es así como el 4 de abril de 1949 se firmó el Tratado del Atlántico Norte.

## LA PAZ INTERNACIONAL

Pero regresemos ahora al presente sin dejar de mirar hacia el mañana. En las actuales circunstancias, entiendo responsablemente que a España le conviene sin duda permanecer en la Alianza Atlántica y no que se cree en nuestra joven democracia un escenario imprevisible pero que conllevaría, sin duda, una cierta desestabilización. Si salimos de la Alianza tendremos que soportar los mismos o mayores presupuestos militares sin obtener las contrapartidas económicas que nuestra integración nos ofrece. Los riesgos para la seguridad de España en caso de un conflicto generalizado son los mismos. Es más, la posibilidad de un conflicto en el norte de África es mayor sin la disuasión psicológica de nuestra pertenencia a la Alianza. El coste de nuestra actitud insolida-

ria hacia los restantes países europeos sería ciertamente política y materialmente alto. Y en vez de participar en uno de los foros desde donde se teje hoy la historia de la humanidad, seríamos meros sujetos pasivos del mismo, sin la posibilidad de abogar desde su interior por las causas que estimásemos dignas de nuestro apoyo.

Pero, además de lo anterior, existen razones de más fondo en favor de la pertenencia de España a la Alianza Atlántica. El proceso de creación de una Europa democrática conlleva no sólo la integración paulatina de las instituciones políticas y económicas de sus Estados, sino también el establecimiento de una política de defensa común. La libertad de los pueblos es un bien que moralmente debe defenderse, y hoy por hoy Europa coordina su defensa a través de la Alianza Atlántica. Sólo el fortalecimiento político y económico de Europa permitirá compensar la influencia del aliado americano; y, a su vez, sólo desde una política de defensa solidaria y conjunta, el Occidente democrático, y Europa muy especialmente, podrán propiciar una auténtica paz internacional —bien distinta del mero *orden* público internacional—. Desde esta perspectiva no resulta asumible que España pretenda incorporarse a este proyecto europeo sin solidarizarse también con la defensa de su seguridad territorial y, por tanto, de la libertad. Esta esperada solidaridad es para los españoles algo más que conveniencia; es un acto de modernidad, de coherencia y, en definitiva, de ética política. Frente a la alternativa de no ser diferentes a los restantes Estados de la Europa comunitaria, pretender de nuevo que España adopte con su salida una opción singular y única recuerda, con otra música, a aquella letra que nos reservaba el destino de constituirnos en la reserva espiritual de Occidente.

Sócrates, en el *Fedro* de Platón, se interrogó por los frutos que recogerían quienes apoyaban su retórica no en lo que es bueno en la realidad, sino en lo que así parece a la multitud. Esperemos que no sean estos hoy los sembradores de nuestra cosecha de mañana.